

La leyenda del

Museo Embrujado



Edgar Allan García

“Leyendas del Ecuador”

Fondo Infantil de la Biblioteca Museo de la Ciudad

Había una vez un escritor que estaba redactando un libro sobre leyendas ecuatorianas. Imagínatelo en medio de libros y papeles, consultando diccionarios llenos de polvo, escribiendo a mano -y a veces con el pie- unas historias terroríficas llenas de fantasmas y “aparecidos”, cuando de pronto -siempre hay un “de pronto” en estos cuentos- escuchó el timbre del teléfono. **¿Dónde estará ese bendito teléfono?**, preguntó sacándose los gruesos lentes, **pero... qué raro suena**, dijo frunciendo la nariz, **¿tendrá gripe el pobrecito?**

No te rías pero el teléfono sonaba lejano y gangoso porque el escritor estaba sentado justo sobre él. Cuando se dio cuenta de la vibración que le subía por la espalda, se levantó, tomó el auricular y dijo: **¿alooo?**, al otro lado de la línea oyó: **(hola, a que no adivinas quién soy).**


El escritor dijo de inmediato: **Caperucita (Nooo), La Bruja Maruja (Nooo), Barba Roja en pantuflas (ya, déjate de hacer bromas)**, dijo la voz al otro lado (**soy yo, María Dolores, tu amiga del Museo de la Ciudad... mira, te tengo una sorpresa, una historia realmente muy interesante... es de fantasmas...**). Al escritor se le erizó todo el cuerpo y gritó: **¡no te muevas, no te muevas, ya voy para el Museo!** De inmediato quiso correr pero pisó un viejo diccionario, resbaló sobre trescientas hojas amarillentas y cayó como saco de papas sobre un montón de polillas que salieron volando como si hubieran visto un escritor.

Ahora imagínate al escritor, despeinado y sin afeitarse, manejando a la velocidad de la luz, rumbo al Museo de la Ciudad, que -por si acaso- antes no era Museo sino el famoso Hospital San Juan de Dios, y antes que eso, el Hospital de La Misericordia.

Tan pronto llegó a la puerta, gritó: **¿dónde están los fantasmas? Shhh**, dijo María Dolores. De inmediato lo llevó por un largo corredor, viraron a la izquierda, entraron a un cuarto cerrado y lo paró frente a una urna protegida por un grueso vidrio. **Mira**, le dijo. El escritor miró hacia arriba, miró hacia abajo y dijo: **muy bonito todo, muy bien arreglado, excelentes colores... pero ¿dónde están los fantasmas! Shhh**, volvió a decir María Dolores.

Está ahí, ¿ves? El escritor se acercó a la urna y vio las huellas de unos pies de niño, o tal vez de niña, sobre la arena que estaba dentro. Antes de que el escritor gritara otra vez: **“¿dónde están los fantasmas!”**, María Dolores dijo: **escucha bien, por favor; ayer pusimos arena en esta urna, la aplanamos bien, luego la sellamos con este vidrio grueso. ¿Y?**, preguntó el escritor con cara de desesperación. **Esto que te cuento sucedió a las cinco de la tarde, esto es, al finalizar la jornada; luego cerramos la puerta con llave y, qué crees, esta mañana descubrimos estas pequeñas huellas sobre la arena, es decir, ¡dentro de la urna sellada!**

Antes de que el escritor protestara de nuevo, María Dolores le explicó que era sabido que en el Museo de la Ciudad sucedían cosas muy raras: capas negras que se movían solas en el aire, voces detrás de las paredes donde no había nadie, pasos que los guardias escuchaban a medianoche, cuando el Museo estaba completamente vacío... **Ya veo**, dijo el escritor tragando saliva y de inmediato volvió a mirar la urna con vivo interés: para su sorpresa le pareció que había dos nuevas huellas de pies de niño, o de niña, sobre la arena. Se le erizaron los vellos de la nuca y se le aflojaron las rodillas. **Creo que lo mejor será que nos vayamos de aquí**, dijo el escritor con cierto temblor en la voz, y se alejó casi trotando, sin esperar por la sorprendida María Dolores.



Esa noche no pudo dormir bien. El pobre daba vueltas y vueltas en la cama, con un frío espantoso a pesar de los tres pantalones y los cuatro sacos de lana que tenía encima. Por fin, justo cuando empezaba a creer que no iba a poder dormir, un sueño profundo le fue ganando la partida al frío y se lo llevó a una calle llena de niebla.

El escritor se vio entonces caminando por la ciudad desierta, aunque a lo lejos, muy a lo lejos, escuchaba cascotes de caballos y agudos relinchos. Pasó el Arco de la Reina y entró a lo que parecía un hospital. Había mucha actividad a pesar de que ya había caído la noche.

Los corredores estaban alumbrados por pequeñas antorchas.

Oyó que alguien decía: **la epidemia, ha llegado otra vez la epidemia, que Dios se apiade de nuestras almas.** Sólo entonces se dio cuenta de que había muchos enfermos acostados en los patios y los corredores. Las monjas y los pocos doctores no alcanzaban a entender a todos. Se le ocurrió acercarse para ayudar en lo que pudiera, pero nadie lo tomaba en cuenta, era como si él no existiera.

De pronto, vio a un niño de unos cuatro años parado frente a él. El pequeño estaba sonriendo y sostenía entre sus manos un muñeco de madera.

En ese momento escuchó una voz ronca a sus espaldas, se volteó: muy cerca de él se encontraba un hombre encorvado, mirando fijamente al niño. **Ven Manuel,** le dijo. El niño se acercó sonriendo y lo abrazó con fuerza. **Ay, mi niño,** dijo el anciano, **no sé qué haríamos en este lugar sin ti. Eres como una luz para todos nosotros... cuando te acercas a nuestros tristes lechos, nos parece que se cierran las heridas y disminuyen los dolores más terribles.** El niño sólo atinaba a acariciarle la barba crecida y a mirarlo con sus enormes ojos negros.

Mientras veía la escena, se dio cuenta de que en verdad aquel no era un niño común. Sus ojos eran luminosos y su presencia parecía disminuir la pesadez del lugar. De pronto la voz de una mujer dijo: **Manuel, no te acerques a los enfermos, que te puedes contagiar. Sí, mamá,** contestó el niño, pero continuó abrazando al anciano. La mujer, que por el delantal que llevaba, podría haber sido la cocinera del hospital, se acercó y tomó al niño en sus brazos. **Ven,** le dijo, es hora de que duermas. Cuando ambos se alejaron, el anciano pareció empeorar de su dolencia, se apoyó en la pileta de piedra, y lo miró a los ojos con tristeza.

Escriba, le dijo, **¡por favor, escriba!** El escritor se despertó de un salto, sudando. El rostro del niño lo tenía tan grabado en su mente que, luego de dos meses, seguía recordándolo.

Una mañana soleada se sentó frente a su vieja máquina de escribir y tecleó: “Había una vez un niño que era la alegría de los enfermos del Hospital San Juan de Dios. Se llamaba Manuel y era el hijo de la cocinera. Todos querían acercársele porque sentían que el niño, de alguna extraña manera, aliviaba su sufrimiento. Aunque el niño murió durante una de las tantas pestes que azotaban a Quito, este siguió deambulando por los corredores del hospital, consolando a los enfermos con su presencia luminosa. Pasó el tiempo; un día el Hospital se convirtió en Museo, y, para sorpresa de todos, en una de las urnas que habían sido selladas con un grueso vidrio, Manuel puso sus pequeños pies desnudos sobre la arena que había en su interior para hacernos saber que aún sigue caminando en sus patios y corredores, consolando a todos esos fantasmas que hasta ahora no pueden, o no quieren abandonar el lugar”.

Sacó la hoja de la máquina y la leyó dos veces. No se le ocurría escribir nada más, pero le pareció que era suficiente. Aquí puede estar el comienzo de una hermosa leyenda: "La leyenda del museo embrujado". El escritor cerró entonces los ojos e imaginó al pequeño Manuel sonriendo en medio de una espesa niebla y, más tarde, corriendo como solo puede correr un niño en una inmensa planicie llena de arena. **“La arena del tiempo”**, dijo, y sonrió.